PL14199-001-296 6/3/08 08:19 Página 3

Valentin Hollander

Napoleón

Traducción de Juan E. Benursiglio

BackList

PL14199-001-296 6/3/08 08:19 Página 4

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

El editor hace constar que ha sido imposible localizar a todos y cada uno de los autores, cedentes y herederos de esta obra, por lo que manifiesta la reserva de derechos de los mismos.

© por la traducción, Juan E. Benursiglio, 1957
© Editorial Planeta, S. A., 2008

BackList, Barcelona, 2008
Diagonal , 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: abril de 2008

Depósito legal:
ISBN 978-84-08-07904-0
Preimpresión: Foinsa/Edifilm
Impresión y encuadernación:
Printed in Spain - Impreso en España

PL14199-001-296 7/3/08 12:07 Página 5

Índice

Preludio 7

Capítulo I. El joven teniente 11
Capítulo II. Desirée: un amor juvenil 25
Capítulo III. En los salones de París 42
Capítulo IV. Engañado por Josefina 67
Capítulo V. A la sombra de las pirámides 94
Capítulo VI. Sorpresa en París 119
Capítulo VII. Horas de amor misteriosas 131
Capítulo VIII. Napoleón es coronado emperador 148
Capítulo IX. Las favoritas 158
Capítulo X. La condesa polaca 174
Capítulo XI. El fin de un amor 194
Capítulo XII. Las estrellas a su alcance 208
Capítulo XIII. Una boda de graves consecuencias 225
Capítulo XIV. Al borde del abismo 236
Capítulo XV. La llama arde de nuevo 253
Capítulo XVI. Fracasado 273

Epílogo 285

Cuadro genealógico de la familia Bonaparte 289

Los descendientes del emperador 291

Preludio

El príncipe Talleyrand se hallaba sentado en compañía de unos pocos amigos en la sala de trabajo del pequeño hotelito que habitaba desde su destitución del cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Apoyándose en un bastón se puso en pie pesadamente y dirigió la mirada hacia la puerta a través de la cual acababa de entrar un joven oficial.

El rostro de Talleyrand delataba la emoción que le embargaba en aquella hora en que había recibido la noticia de la muerte de Napoleón.

Como en un colorido calidoscopio cruzaron por su mente las diversas situaciones en las cuales se había enfrentado con el oficial, el tribuno, el monarca. En fracción de segundos se sintió conmovido por una profunda melancolía y un triunfal sentimiento de alivio. De pronto hizo un nervioso movimiento con la mano y rompió el silencio que reinaba en la sala desde el momento que se conoció la noticia.

—¡Hum! —musitó—. ¡Ha muerto! ¡Por fin podemos hablar de él!

Pero la intención que había querido imprimir a sus palabras quedó sin efecto. Todavía se hallaban todos los presentes bajo la impresión de la noticia y todos y cada uno de ellos sabían en aquellos momentos, prescindiendo por entero de cuáles habían sido sus relaciones personales con Napoleón, que con aquel hombre desaparecía uno de los más grandes personajes de la historia de la Humanidad.

Talleyrand que siempre había sido un maestro consumado en todas las situaciones —aun cuando desde el punto de vista humano fueran intensamente conmovedoras—, en considerar con mente clara todos los obstáculos que los odios y los sentimientos arrojaban fuera, se erigía también en aquellos momentos como dueño absoluto de la situación.

Se volvió hacia el oficial que le había transmitido la noticia y le invitó a darle más detalles de los últimos momentos del emperador.

Todas las miradas se fijaron en el hombre que hasta el último instante había compartido al lado de Napoleón la triste suerte del destierro y que en aquellos momentos iba a dar un amplio informe sobre sus experiencias vividas.

—¡Caballeros!

»La muerte de Napoleón no nos ha sorprendido como a ustedes en estos instantes aquí. Desde hacía algún tiempo el estado de salud del monarca dejaba mucho que desear y ni él, personalmente, ni los médicos o las personas que le rodeábamos, ocultamos en ningún momento la gravedad de su estado. Pero Napoleón hacía caso omiso de todos los consejos y jamás trabajó tanto y de un modo tan esforzado hasta caerse de cansancio en los jardines como durante estas últimas semanas.

»Rechazó todos los consejos y todas las advertencias de que su estado de salud empeoraría rápidamente si se entregaba a tales excesos. Se negó igualmente a hacer caso de los múltiples ruegos y solicitudes de que se dedicara a escribir las memorias de su vida, alegando que consideraba por debajo de su dignidad escribir él mismo sus memorias.

»Fue durante las últimas semanas, cuando su estado físico comenzaba a ser ya motivo de honda preocupación para todos, que se mostró más comunicativo con los que le rodeábamos y recordó toda suerte de personajes que se habían cruzado en el camino de su vida y por los cuales pensaba todavía poder hacer

algo. Hacia el exterior se manifestó todavía y en todo momento como el verdadero emperador. La fuerza de su personalidad fue tan intensa hasta él postrer día, que desde el gobernador hasta el último soldado de la guardia todos se inclinaban a su paso.

»Los dolores de estómago le atormentaban terriblemente y comenzó a injerir casi ininterrumpidamente jugo de naranja, replicándole al médico que le prevenía que mucha acidez podía serle perjudicial: «¡Guárdese sus consejos para usted mismo, nadie se los ha pedido!» La víspera de su muerte habló más que de costumbre, canturreó todas las melodías preferidas y estrechó la mano, lleno de agradecimiento, a los numerosos amigos que le acompañaban en aquellas horas.

»Cuando sus amigos le dijeron que había llegado el momento de estar en paz con el Señor dio con voz segura y serena la orden de que después de su muerte hicieran la autopsia de su cadáver y publicaran la causa de su fallecimiento. Mandó ordenar todos sus papeles, que a su muerte habían de ser enviados a su esposa. Ni una sola palabra de lamentación asomó a sus labios, sus ojos estaban hundidos y su mirada turbia, pero la alegría y la satisfacción íntima de que había hecho gala durante aquellos últimos días no le abandonaron en ningún momento.

»Pocos minutos antes de su muerte hizo una señal de que todos, excepción hecha del general Bertrand y del conde Montholon, abandonaran la habitación. Sus últimos pensamientos fueron para su patria. Al general Bertrand le dijo: «Deseaba decirle todavía algo sobre Francia...», pero le falló la voz y cerró los ojos para no volverlos a abrir.

Todos los presentes escucharon estas palabras con viva emoción. Conmovidos, respetaron la voz del oficial que temblaba ligeramente y todos se dieron cuenta de la magnitud de la hora en que vivían.

Poco después los invitados de Talleyrand se despidieron de su anfitrión. Comprendían instintivamente que aquel hombre

que durante tantos y tantos años había estado al lado de Napoleón, deseaba estar a solas en aquellos momentos.

Cuando todos se hubieron marchado se sentó Talleyrand en el gran sillón de su sala de trabajo y sus pensamientos volaron hacia el pasado. En su mente revivió una vez más el ascenso y el fin de Napoleón, el gran emperador de los franceses.

PL14199-001-296 7/3/08 12:07 Página 11

CAPÍTULO I

El joven teniente

En la noche estrellada cruzaba el firmamento la plateada luna. Muy lentamente se liberaba la campiña estival del calor del sol y cedía a la atmósfera más templada de la noche y a la brisa que penetraba en los valles desde los montes.

Aquel día de junio del año 1786 había sido increíblemente caluroso y más pronto que otros años maduraban las cerezas en la finca de Basseaux de Madame de Colombier.

Había pasado ya la media noche y los dos jóvenes que a hora tan avanzada se hallaban sentados todavía en el jardín, parecían haberse olvidado por completo del tiempo.

Carolina, la hija de madame de Colombier, de dieciséis años de edad, se había sentado bajo un cerezo de ancha copa apoyada la espalda contra el tronco. Tenía las piernas encogidas y mantenía las manos entrelazadas sobre las rodillas. Su pelo negro brillaba a la luz de la luna cuando movía la cabeza y unos ojos grandes y negros que refulgían en su delicado rostro trataban de penetrar la oscuridad de la noche.

Carolina no era una muchacha que pudiera calificarse de una gran belleza, pero la expresión de su rostro revelaba un ser amable, cariñoso y sus movimientos poseían una gracia especial y muy femenina.

—¿Otra cereza, señorita?

Después de un largo silencio estas palabras interrumpieron el mutismo y casi asustada elevó Carolina sus ojos. Deseos secretos, unas imágenes borrosas y oscuras, una ardiente nostalgia la había llevado a otros mundos y le resultaba difícil regresar a la realidad del momento.

Napoleón bajó la mirada. Era la primera vez que se encontraba a solas con una muchacha en una situación como aquélla. Jamás anteriormente en su vida había renunciado de tal forma a su reserva y tratado de ganarse la amistad y la simpatía de una persona. La amistad con Giacominetta había sido, en realidad, sólo el chismorreo de otras personas.

Por vez primera se había sentido embargado aquel día por aquellas emociones, por aquellos sentimientos y sensaciones misteriosas contra las cuales había intentado defenderse con tanto ahínco, pero que no había logrado dominar.

Carolina no respondió inmediatamente a su pregunta. Todavía mantenía la mirada fija en el joven oficial tratando de obtener claridad en los sentimientos que la embargaban en aquellos instantes.

En un principio no había prestado la menor atención al oficial que había sido invitado por su madre y la presencia de otros jóvenes que se afanaban por hacerle la corte la habían desconcertado y confundido de tal forma que a gusto se hubiese refugiado en algún lugar en el parque para no ver ni oír nada.

Pero Napoleón era un hombre testarudo. Casi a diario había recorrido el largo trayecto desde Valence, cerca de doce kilómetros. La madre gustaba de hablar con él y solía decir que rara vez los hombres solían tener tanto sentido común y tanta chispa en la conversación a aquella edad.

Es cierto que Carolina no podía permitirse todavía un juicio a este respecto, pero su madre insistía en que ella estuviera presente durante las reuniones que se celebraban por las tardes. De esta forma, de un modo casi imprevisto, había ido tomando cada día un poco más de interés por la persona de Napoleón. Un hombre grave y tímido, muy reservado en el hablar y en sus respuestas y que sólo cuando se hablaba de su patria corsa brillaban sus ojos;

se expresaba entonces de un modo vivo e impulsivo, y cuando no eran de su misma opinión, muy enérgico. Con frecuencia el tono de su voz, que adquiría un matiz tan característico por su acento corso, se hacía muy firme y sonaba irrebatible.

Carolina apreciaba sinceramente a Napoleón y aun cuando no hubiesen hablado todavía de ello, era evidente que el hombre sentía el mismo aprecio hacia ella.

Napoleón, que se hallaba sentado sobre la hierba ante la muchacha, cogió una cereza que pendía de una rama cerca de él. Asiendo la fruta por el tallo la hizo oscilar juguetón ante la boca de la muchacha.

—¿En qué está pensando usted? ¿No quiere probar lo deliciosa que...?

Sin darle tiempo a terminar la frase y accediendo a aquel inocente juego cogió la muchacha entre sus blancos dientes la fruta. Pero Napoleón se puso en pie de un salto y Carolina lanzó una corta exclamación a tiempo que le detenía por el brazo y le contemplaba con una sonrisa de reproche.

Napoleón, incapaz de dominarse ya por más tiempo, apoyó su mano en el hombro de la muchacha y susurró como si le hubiesen descubierto cometiendo un indigno delito:

—La amo, señorita Carolina.

Durante unos instantes pareció como si Carolina deseara marcharse, indignada, de aquel lugar, pero, luego, sin pronunciar palabra, respondió al abrazo y al beso con una sinceridad propia del corazón que ama por vez primera en la vida.

Durante largos minutos permanecieron estrechamente abrazados, en silencio, sin atreverse a romper el encanto y la felicidad de aquella hora. Pero de nuevo despertó en Napoleón el sentimiento de responsabilidad frente a aquella muchacha de sólo dieciséis años y delicadamente se desprendió de ella.

—Hemos de volver a casa, señorita, su madre se impacientará en caso contrario.

Cogidos de la mano emprendieron el camino de regreso al hotelito en cuya terraza se hallaban reunidos los demás invitados. Antes de subir las escalinatas se detuvieron, una vez más, protegidos por la oscuridad de la noche.

—Sé muy bien, señorita, que son muchas las cosas que se interponen entre nosotros dos, pero estoy también firmemente convencido de que podemos superar estas dificultades si yo llego a representar tanto para usted como usted lo es para mí.

Fijó una mirada interrogante en la muchacha. Pero ya los labios de la joven presionaban de nuevo los suyos en la mejor respuesta, la más bella que cabía a su pregunta.

Pocos días más tarde le fue concedido a Napoleón el permiso que había solicitado hacía algún tiempo para poner en orden sus asuntos personales y familiares. El año anterior había fallecido su padre y la madre y sus numerosos hermanos menores se hallaban en una situación económica muy desesperada.

La víspera de su marcha se encontró de nuevo el joven teniente en la finca de Madame de Colombier y la conversación giró en torno al permiso que iba a iniciar, del gran amor por su patria y su orgullo de familia, unas emociones y unos sentimientos que obligaban al hijo mayor a subordinar sus propios deseos a las necesidades de la familia.

Napoleón no pareció darse cuenta de la palidez del rostro de Carolina. Se hallaba embargado por una sensación tal que casi se mostró adverso y reacio cuando Carolina, esbozando una amable sonrisa, le pidió permiso para acompañarle durante un trecho por el camino que había de devolverle a la ciudad.

Comenzaba a oscurecer. Napoleón se despidió de la dueña y señora de la casa expresando su alegría y su agradecimiento por las horas tan agradables que había pasado en la misma. Muy cordial fue el apretón de manos de aquella mujer de tanta experien-

cia en la vida que presidía el salón más elegante de la región con su gracia innata y en donde se solían congregar siempre personajes interesantes para celebrar cultas e instructivas conversaciones. Una mirada de ligera preocupación se posó en el joven oficial y en la hija. Hacía ya días tenía conocimiento de los tenues lazos que ligaban a los dos jóvenes, pero era lo bastante experta en la vida para no destruir aquellos sentimientos tan suaves como un hálito con preguntas o reconvenciones innecesarias.

En silencio caminaba Napoleón al lado de la joven muchacha que de cuando en cuando le dirigía una tímida mirada. ¡Se mostraba tan diferente aquel día! Ya no se revelaba nada en él de aquel modo de ser amable y cariñoso que había prevalecido en la conversación que habían celebrado en el jardín. Aquel Napoleón le era extraño. Y en sus ojos no se traslucía aquella íntima expresión de amor hacia los demás, sino que parecía estar sumido por entero en sus pensamientos y su mirada se deslizaba a lo largo del horizonte, hacia el oscuro firmamento.

Napoleón pensaba en su patria. Ante sus ojos veía cruzar los acontecimientos y los personajes que habían condicionado su infancia y su juventud. Siempre había mostrado su madre ciertos temores en presencia del padre. Napoleón, en el curso de los años, se había dado siempre perfecta cuenta de ello, aun cuando la madre tratara de ocultarlo y diera exteriormente la impresión de que estaba plenamente de acuerdo con el modo de ser de su marido que estaba dispuesto a sacrificar la vida y los bienes, la familia y la finca por su patria.

Precisamente en aquel año decisivo en que Carlo Bonaparte participó a las órdenes del patriota Paoli en la rebelión contra Francia, nació Napoleón, un año después del nacimiento de José, el hijo mayor. Ocurría esto en el año 1769. El levantamiento había terminado en un fracaso; Paolo había huido a Inglaterra cuando Carlo Bonaparte logró, finalmente, hacer que los franceses reconocieran su noble ascendencia. Aquel hombre tan capaz, tan

seguro de sí mismo, había sido nombrado dos años más tarde consejero real. Cuando Napoleón llegó a la edad conveniente consiguió su padre, que había previsto para su hijo la carrera militar, una beca para él en la Academia Militar de Brienne.

Más tarde fue destinado Napoleón a París, pero, en realidad, no llegó a conocer aquella ciudad puesto que los *Cadets-Gentilshommes* llevaban una vida de verdaderos reclusos.

Desde la muerte de su marido pasaba la madre por enormes dificultades para educar a sus hijos menores, en total seis. Jerôme, el más joven, acababa de cumplir un año a la muerte del padre.

Desde el momento en que Napoleón fue ascendido a teniente mandaba la mayor parte de su paga a su madre y había solicitado el permiso para discutir con ella y su hermano José la situación económica de la familia.

Sus pensamientos se adelantaban al tiempo. Dentro de pocos días divisaría desde el barco los acantilados de su amada isla y pocas horas más tarde estrecharía entre sus brazos a su madre, jugaría con sus hermanos menores y visitaría a los amigos de la infancia.

Involuntariamente apresuró Napoleón el paso. Se había olvidado por completo que Carolina corría casi a su lado y que ésta no se atrevía a interrumpir los pensamientos de su amado. ¿En qué estaría pensando en aquellos momentos? Preocupada, miraba ante ella tratando de mantener el paso con el hombre. Pero, de pronto, volvió la mirada. Apenas se divisaban ya los contornos de la casa materna en la lejanía. Carolina debía emprender el camino de regreso. Temía alejarse demasiado de su casa en la noche. Tímida, casi vacilante, apoyó su mano en el brazo de Napoleón:

—He de regresar a casa, Napoleón.

Como si despertara de un sueño, se volvió el joven teniente hacia la muchacha:

—Carolina... perdóname —musitó, buscando afanosamente

las palabras con las cuales superar aquel penoso instante—. De tanta alegría al pensar en volver a ver mi patria me había olvidado que...

—...que existe una Carolina que te ama de todo corazón. Oh, Napoleón, ¿qué será de nosotros, ahora?

Estalló en sollozos y se arrojó en sus brazos mientras el hombre meditaba esforzadamente por hacer algo con qué consolarla. ¿Acaso era un delito amar a su patria como la amaba él?

—Compréndeme, Carolina. Esto nada tiene que ver con nuestro amor. Te amo tanto como el primer día cuando te vi por primera vez. Y siempre te amaré.

Tranquilizador, pasó sus manos por el pelo de la joven y las apoyó después en sus temblorosos hombros. La abrazó estrecha, apasionadamente.

—Si yo... te pudiera dar crédito —murmuró la muchacha—. ¡Amas más la isla en donde naciste que a mí! Jamás volverás aquí, jamás te volveré a ver. ¡Napoleón! ¡Soy tan desdichada! ¿Por qué he de quererte tanto?

Estas palabras sonaron como una acusación y Napoleón que la había cogido del brazo y había dado media vuelta, acompañaba ahora a la sollozante muchacha en dirección a la casa de sus padres.

Sí, ella estaba en lo cierto. Aquel sentimiento de felicidad, de volver a ver la patria, la madre y los hermanos, era mucho más grande que su amor hacia Carolina. No le resultaba difícil abandonarla, dejar el país. Al contrario, se moría de impaciencia por salir de aquella ciudad. Cuando regresara, volvería a correr en busca de Carolina, la volvería a estrechar entre sus brazos y quizá...

Habían llegado nuevamente a la casa y Napoleón se detuvo. Como tantas y tantas veces en aquellas últimas semanas apoyó de nuevo sus manos en sus hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Carolina, no es fácil para ninguno de los dos. Pero hemos

de creer en el futuro y vas a prometerme ser muy fuerte; me lo prometes, ¿no es cierto? Así como yo te prometo a ti que jamás te olvidaré.

Luego, la besó en la frente, en las mejillas y en los labios. Y con un rápido movimiento se despidió de ella.

Segundos más tarde desaparecía en la oscuridad de la noche. Carolina permaneció quieta escuchando sus pasos hasta que éstos se perdieron en la lejanía.

Napoleón disfrutaba del permiso en su patria aun cuando las dificultades económicas en que se hallaba sumida su familia le oprimían grandemente. El futuro se presentaba muy oscuro y con el corazón dolorido se decidió, después de no haber tenido el menor éxito en las muchas solicitudes que había presentado por escrito, a hacer uso por medio de una visita personal de las relaciones aunadas por su padre y hablar con los personajes responsables más influyentes. Después de largas deliberaciones en el seno de la familia una cosa aparecía clara: Napoleón había de emprender su viaje a París y tratar de solucionar su carrera, pero también todo cuanto hiciera referencia a la seguridad económica de su familia para encontrar un apoyo y sustento.

Napoleón llegó a París en el mes de octubre del año 1787. Muy prudente y comedido, no olvidando en ningún momento la situación en que se encontraba él y su familia, buscó un modesto albergue en el Hotel de Cherbourg. A diario intentaba por medio de visitas personales a las autoridades competentes lograr algo, aun cuando sólo fuera una recomendación en la mayoría de los casos. Pero el fracaso acompañaba todas sus gestiones.

No obstante todas las negativas, que iban acompañadas de hipócritas testimonios de pesar, no podía él perder en ningún momento la corrección debida con la esperanza de que en una segunda o tercera ocasión se le presentara la ansiada oportunidad.

Inquieto, vagaba día tras día por la ciudad que conocía ahora por vez primera de un modo consciente.

Todo le resultaba extraño, aquel misterioso fluido, aquel ambiente enigmático que partía de todo lo que él veía y vivía, le atraía y embriagaba sus sentidos.

Se había olvidado de Carolina, y también de sus innumerables conocidos de las clases de baile en Valence, de la señorita de Lauberier de Saint Germaine y su compatriota corsa Mion-Desplaces.

Seguía con la mirada a las distinguidas damas que en sus elegantes carruajes paseaban por las anchas avenidas. Y cuando por las noches se hallaba tumbado en el lecho de su mísera habitación en el hotel sin encontrar el ansiado reposo, meditaba sobre los infinitos problemas que le planteaba la vida. El papel que desempeña una mujer en la vida del hombre, el que debería desempeñar y aquel que le está permitido. Pero para poder juzgar a ciencia cierta antes había de conocerlas a fondo.

Inquieto y atormentado se revolvía de un lado al otro de la cama, subrayando sus pensamientos por movimientos nerviosos de su mano. ¿Qué sabía él en realidad de las mujeres? ¡Nada en absoluto! Sólo un corto episodio con Carolina, unos sentimientos que se habían esfumado ante el deseo más ferviente de volver a ver la patria.

No, estos sentimientos no revelaban el misterio que presentaban las mujeres para él. Había de ser algo más, ya que en caso contrario no llegaba a comprender que las mujeres pudieran desempeñar un papel tan importante en la política, que las mujeres, y esto no era ningún secreto, condicionasen infinidad de veces las decisiones más importantes de los políticos.

Fue entonces, al plantearse a sí mismo muchas preguntas, cuando aquel joven que apenas había cumplido los dieciocho años de edad y cuya característica más notable, ya desde niño, era profundizar en todas las cosas, decidió desentrañar el misterio de la «mujer».

Él, que todavía no goza de experiencias, que no ha tenido todavía ninguna «aventura», cree saber dónde ha de encontrar la respuesta.

Cierta noche se traslada al distrito de peor fama del cual ha oído hablar con frecuencia en el casino de oficiales. Lleno de escrúpulos el corazón, pero consciente de lo que va a hacer, del camino que desea recorrer y de las mujeres con las cuales va a enfrentarse, camina en dirección al barrio, para saber, conocer...

De pronto surgió en su mente la imagen de Carolina, aquellos sentimientos que él creía haber superado hacía ya tanto tiempo. Ella le amaba y le esperaba.

Sin embargo, triunfó el afán de saber, de conocer.

Por fin llegó a la calle hacia la cual había dirigido sus pasos. Admirado, fijó su vista en las mujeres que cruzaban ante él luciendo elegantes vestidos enfrascadas en sus conversaciones con los caballeros. Napoleón dirigía su mirada a aquellos rostros como invitándoles en silencio a comunicarle parte de sus experiencias, a revelarle aquello que todavía era oculto y desconocido para él.

Hacía frío, era una típica noche de noviembre. Pero los hombres parecían no percatarse del frío. Los rostros sonrojados, la viveza de sus gestos y movimientos revelaban claramente que en aquellos momentos no tenían conocimiento de la desabridez otoñal. ¡El misterio insondable del deseo que los hombres llaman amor!

De los locales profusamente iluminados llega hasta él el ruido de la música y de las risas despreocupadas. Napoleón no se atreve a penetrar en un restaurante. Una timidez invencible se lo impide y hace que se sienta enojado consigo mismo. A la entrada de una casa permanece durante largo rato contemplando a los que pasan ante él. Profundamente sumido en sus pensamientos no ha observado que cerca de él, como buscando refugio en el hueco de la entrada, se halla una joven mujer que le mira con los ojos abiertos, unos ojos que tienen un brillo enfermizo.

Pero cuando la muchacha se lleva la mano a la boca para reprimir un acceso de tos, levanta él asustado la mirada y se vuelve hacia la joven.

Va vestida de un modo muy sencillo y da más bien la impresión de timidez que de desenvoltura y desfachatez como las demás mujeres del barrio. Esto le insufla valor. Da un paso y se acerca a la joven.

—¿Puedo servirla en algo, señorita?

En aquellos momentos se olvida de todas las conveniencias sociales, sólo existe para él una persona que precisa de ayuda.

La muchacha se ha serenado después del acceso de tos. Con un lánguido movimiento de su mano se seca unas lágrimas que resbalan por sus mejillas.

—Me siento ya mucho mejor, señor. Es usted muy amable.

Una voz misteriosa, enigmática y excitante a la vez. Melódica, desconcertante, suena la voz de la muchacha en los oídos del joven teniente. Napoleón se revela indefenso como todos los hombres cuando se enfrentan con estas sencillas armas de todas las cortesanas.

—No cabe la menor duda de que usted se ha resfriado, señorita. Sería un honor para mí si me permitiera que la acompañara.

Sin responder a su deseo, se echó la muchacha hacia atrás los bucles que le caían sobre la frente y le alargó el brazo. Pocos segundos más tarde eran Napoleón y la desconocida una de las muchas parejas que, en busca del mismo objetivo, paseaban cruzándose en diferentes direcciones.

Cuando se desviaron de la riada principal y llegaron a unos pequeños jardines, se les ofreció la ocasión de intercambiar unas palabras.

—Es usted todavía muy joven, señor. ¿Hace poco que está en la ciudad?

—¿Por qué lo pregunta?

—Es usted muy prudente, más reservado, y sobre todo, más atento que la mayoría de los hombres que habitualmente visitan este barrio.

—Precisamente iba a decirle yo lo mismo, señorita.

La joven estalló en una sonora carcajada.

—Dejemos esto, señor. Sabemos ambos lo que deseamos el uno del otro. ¿Por qué intentar en la conversación hacernos mejores de lo que somos en realidad cuando esta misma noche hemos de olvidarnos de esta conversación?

Napoleón estaba atónito ante la franqueza de que hacía gala aquella joven. No le gustaba esto. ¿Acaso se había engañado de un modo tan miserable?

La duda de no saber a ciencia cierta qué clase de mujer era aquélla, le recordó el objetivo que se había fijado al emprender aquel paseo precisamente aquella noche. Él deseaba saber...

—¿Por qué hace usted esto?

Recalcó la palabra «esto» y la muchacha comprendió inmediatamente a lo que se refería.

—Es usted un caballero muy extraño, señor. No debería hacer tantas preguntas. Si se dedica usted a los estudios psicológicos, será mejor que vaya a una academia.

»Es muy difícil hacerle comprender a usted cosas que son muy difíciles de entender y que, además, no se ajustan a la realidad de los hechos.

»Pero le voy a decir por qué hago «esto»: he de ganar dinero si no quiero morirme de hambre. He intentado hacer otras cosas, pero no tengo ningún oficio, no he nacido en París y no conozco a nadie; todo lo demás se entiende por sí mismo. Y, sinceramente, no resulta difícil ganarse de esta forma algún dinero.

—Pero es usted muy joven todavía y, al parecer, no disfruta de muy buena salud.

La muchacha hizo un gesto evasivo con la mano.

Durante el transcurso de la noche escuchó Napoleón la histo-

ria de aquella muchacha quien, al parecer, había puesto su confianza en él.

Cuando ya muy tarde emprendió Napoleón el regreso a la habitación del modesto hotel en que habitaba, se había enriquecido con aquel saber por el cual había emprendido aquel paseo nocturno.

Antes de acostarse permaneció sentado durante largo rato frente a la sencilla mesa escritorio haciendo anotaciones en su diario. Comprendió que aquel día significaba un punto crucial en su vida y, al mismo tiempo, llegó al reconocimiento de que lo que acababa de vivir no representaba y tampoco debía representar un papel demasiado importante en su vida. Con palabras frías y tajantes se dijo que sus sentimientos, en contraste con aquello que había tenido ocasión de vivir en París, podían muy bien estar al servicio de la política pero en ningún caso al servicio de ellos mismos.

Este episodio reforzó nuevamente la actitud de Napoleón frente a los problemas de la vida y le ayudaron a profundizar en éstos. Después de una estancia en París en que se vio acompañado de los fracasos, regresó al lado de su madre para pasar con ella los días que le quedaban de permiso.

De nuevo vibró en él durante estos días el ardor patriótico. El legado del padre y la fría, incluso adversa actitud de los amigos de su padre en París, decidió al joven oficial a buscar el contacto con Paoli que se hallaba todavía en Inglaterra y que desde allí estaba dispuesto a continuar la lucha por la independencia de Córcega.

En los años siguientes, en los cuales por sus relaciones con Paoli pierde la patente de oficial en el Ejército francés, y luego, cuando después de sus desavenencias con Paoli entra de nuevo a prestar servicio en las filas francesas con el rango de capitán, se halla tan dominado por las dudas políticas y los ideales patrióti-

cos que, excepción hecha de unas relaciones fugaces en su segunda guarnición militar de Auxonne, no conoce a nadie más que produzca en él una impresión duradera.

En el año 1794, después de haberse pasado Napoleón pleno de entusiasmo al bando de la revolución en espera de la libertad de Córcega, después de haberse distinguido en el mes de diciembre del año 1793 en la conquista de Tolón, Napoleón, que ha cumplido los veintiséis años de edad, es ascendido a general de brigada y vive en Marsella adonde ha huido la madre con los hijos después de graves desaveniencias con el partido de la independencia.

Aquí, en Marsella, comienzan unos amoríos que son de gran alcance en la vida de Napoleón: Desirée Clary.